



Cartas de Alphons Stübel: Colombia

ALPHONS STÜBEL

Traducción: Juan Guillermo Gómez García.

Trabajo fotográfico: Andreas Lehnert, Centro Latinoamericano (CeLA), Alemania.

I

Santa Marta, 12 de febrero de 1868

ARRIBAMOS A LA ISLA DE MARTINICA, lamentablemente por la noche, por lo que se nos escapó su vista desde el mar. Pero fue tanto más sorprendente el verse, al despertar, al lado de un campo, cerca de un jardín, del verde más opulento. Las primeras personas que aparecieron a bordo fueron lavanderas que deseaban hacerse cargo de las ropas sucias de los pasajeros y se comprometían a devolverlas a la partida del vapor. Luego comenzó la carga de carbón, en la que tomaron parte unos 500 nativos, la mayoría de ellos negros, trabajo que prosiguió, sólo con tres breves interrupciones, desde las cinco y media de la mañana hasta las once de la noche. La vida en el barco, a causa del polvillo del carbón, el calor, el tamboreo y los gritos, era insoportable. Nos dirigimos apresuradamente hacia la ciudad, primero para disfrutar de las comodidades de tierra firme, pero sobre todo para ver algo de la isla. El puerto Fort-de-France, donde arribó el barco, es, para las condiciones dadas, una ciudad muy limpia y agradable, con buenas construcciones y agua pura. Hacia las doce alquilamos un caballo y cabalgamos hacia unos baños de agua mineral que están a una milla y media de distancia, en un estrecho valle a unos 2.000 pies de altura. Por el camino tuvimos por primera vez oportunidad de maravillarnos con la vegetación tropical del Nuevo Continente en todo su esplendor. Polipodios de más de 20 metros de altura descansan sobre quebradas abundantes en agua, gran número de las cuales tuvimos que atravesar. El tiempo era agradablemente caluroso, pero no propiamente favorable, pues de cuando en cuando entrábamos en fuertes chubascos. Sin embargo, nos alegramos de salir bastante secos de ellos. Los baños, contruidos sólo para pocos huéspedes, se hallan situados en uno de los más bellos lugares del valle y están tan hermosamente acondicionados y la gente era tan atenta, que lamentamos no poder quedarnos allí unas cuantas semanas. Casi todos los pasajeros del barco habían ido a la ciudad y, después de tomado el almuerzo, emprendieron el viaje de regreso hacia el vapor, ubicado a la distancia, donde bajo iluminación de antorchas se proseguía aún la operación de carga del carbón. Hacia las doce abandonamos el puerto, y a la mañana siguiente ya no eran visibles los altos picos rocosos de las montañas.

Siguió haciendo buen tiempo hasta nuestro arribo a Santa Marta, que se logró el 28 de enero. Ya por la tarde se vio surgir en el horizonte, desde el mar, la Sierra Nevada de Santa Marta. Santa Marta es el puerto principal de Nueva Granada. Como la desembocadura del río Magdalena no es navegable para grandes barcos, todas las mercancías deben ser traídas hasta aquí o a Cartagena. Cuando se contempla el mapa de América, se puede pensar que la plaza portuaria de un país, que comprende un

Página anterior:

Alphons Stübel (Tomada de: Spurensuche, de Andreas Brockman y Michaela Stüttgen, Leipzig, Lateinamerika-Zentrums, Universität Münster e Institut für Länderkunde, 1994).

territorio como la Nueva Granada, debería tener al mismo tiempo una ciudad notable. En este caso sería ello un engaño completo. Santa Marta se asemeja a un pueblo deplorable. Muchas casas están en ruinas; otras, aún habitadas, amenazan desplomarse; la suciedad y el polvo en las calles son interminables, y puercos y perros flacos al lado de burros son casi los únicos seres vivientes que, durante el día, cuando el sol envía sus rayos más calientes, deambulan por allí. Entre los pocos grandes comerciantes que viven aquí, es un alemán, Simondo, el rey. Santa Marta fue en los tiempos del dominio español una muy hermosa ciudad, pero a causa de un terremoto en el año 1834 y, más aún, a causa de las múltiples revoluciones y sus cañonazos ha quedado medio sepultada en el polvo; en todas las esquinas hay un cañón como guardacantón, y en las casas se sirven de las balas reventadas para mantener las puertas abiertas. Vivimos en un hotel que deja mucho que desear para nuestros propósitos científicos, pero que ofrece un local raramente adecuado. Se trata de una parte de la casa en forma de torre con un techo plano, que nosotros hemos dispuesto para nuestro observatorio. Pues, como no podemos volver en seguida al mar y tenemos que relacionar todas nuestras observaciones con el punto ya determinado astronómicamente, no pudimos evitar pasar un largo tiempo en Santa Marta, para fortalecer nuestras bases de partida y poner en orden nuestros instrumentos. Hemos trabajado bastante, pese a que el considerable calor no es propiamente un estímulo para la actividad. Pero lo más pesado e inconveniente fueron los vientos alisios del nordeste, que soplan con una violencia tempestuosa casi todos los días y con tal estrépito dan contra las puertas no cerradas titánicamente, que se vuelve casi imposible dormir. La arena que traen esos vientos golpea frecuentemente como lluvia contra las contraventanas.

Santa Marta descansa sobre una gran llanura, que está llena en parte de cactus gigantes, en parte de árboles frondosos, al pie de la aún inexplorada —por algún europeo— Sierra Nevada. Pero las estribaciones, que alcanzan unos 8.000 pies de altura, impiden contemplar desde aquí las montañas cubiertas de nieve. Estas montañas están cubiertas, hasta sus picos, de una selva impenetrable. Tanto los nativos como los europeos que viven aquí conocen tan poco los alrededores de la ciudad, que es sumamente difícil conseguir un guía. Después de muchos vanos intentos de emprender una excursión a las partes bajas de las montañas, logramos finalmente, el 8 de febrero, llevar a cabo una excursión. Cabalgamos hacia una hacienda (una plantación), llamada Minca, que desde 1853, cuando se abolió la esclavitud, tuvo que ser abandonada por su propietario, de tal manera que ahora apenas quedan huellas de actividad humana. El camino hacia allí está en malas condiciones y es a trechos escasamente transitable, si con el imprescindible machete no se corta la enmarañada vegetación. Se tiene que haber visto una selva, para poder hacerse una idea apropiada de la variedad de la forma de las plantas, de la opulencia, grandeza y tranquilidad en la naturaleza y del auténtico ambiente de invernadero. Arroyos impetuosos de la

Cartagena desde La Popa.



más clara agua atraviesan todas las hondonadas y, allí donde el sol envía sus rayos a la espesura, juegan innumerables mariposas, mucho más grandes que este pliego de hoja. No tuvimos que arrepentirnos de la excursión, que fue bastante penosa, pero padecimos aún algunos días más de las picaduras de los mosquitos, que recibimos sin darnos cuenta. Además, hicimos un paseo por otros alrededores de Santa Marta. Similar vegetación a la de Minca hay al pie de la Sierra Nevada hasta una altura de 2.000 pies, pero, con todo, algunos de los propietarios nunca visitan sus posesiones, que abarcan muchas millas cuadradas. Simondo trajo, hace unos años, 150 alemanes como trabajadores, pero su intento fue un total fracaso. Más de la mitad murieron rápidamente de fiebre amarilla, y los otros, con algunas excepciones, están lumpenizados.

Santa Marta es uno de los sitios más calientes de toda América. La actual estación del año se llama primavera, porque las plantas sólo esperan las lluvias, o la estación de lluvias propiamente dicha, y al final de mayo empieza el verano, que se convierte nuevamente en primavera.

En la parte norte de nuestra casa, donde la brisa produce algún fresco, el termómetro alcanza diariamente, en forma casi inalterada, la temperatura de 33 grados. Por la noche, el mínimo es, con igual persistencia, de 25 grados.

Los habitantes de Santa Marta son una mezcla de negros, blancos e indígenas; en una palabra, chusma de una increíble pereza. Todo servicio tiene que ser pagado muy caro, porque a la gente le cuesta un gran esfuerzo hacer cualquier cosa.

Esta mañana (13 de febrero) llegó de Barranquilla el pequeño vapor en que pensamos viajar hasta ese lugar. Nuestro muy considerable equipaje ya está en orden. El pequeño vapor viaja, hasta su entrada a la Ciénaga, a lo largo de la costa, y después sobre grandes ciénagas y a través de estrechos canales hasta el río Magdalena. Desde Bogotá seguiré enviando otros informes de viaje. En ningún caso, esperamos llegar a Bogotá más tarde que nuestras cartas desde Europa, lo que podría suceder entre dos y tres semanas. Los medios de transporte son aquí imprevisibles.

II

Honda, 20 de marzo de 1868

El 3 de marzo abandonamos a Barranquilla en el vapor y arribamos once días más tarde a Honda, hasta donde el río Magdalena es navegable. El viaje se retrasó, porque tuvimos que esperar, en la parte de arriba del río, una subida del agua, pues la embarcación sufrió un daño considerable, como consecuencia de un encallamiento sobre el tronco de un árbol. De nuestro equipaje, con todo, sólo sucumbieron una maleta de ropa del doctor Reiss y una de mis cajas, sin que hubiéramos tenido que lamentarnos de una gran pérdida. El viaje por el río fue muy agradable, pues el barco era cómodo, había pocos pasajeros a bordo y el capitán era alemán. La parte baja del río ofrece poco interés, ya que las orillas son completamente llanas. Dos días de viaje antes de llegar a Honda, el río se enrosca entre montañas, que tienen mucho parecido con las de la Suiza sajona, aun cuando aquí son mucho más altas. Sólo hay pocas poblaciones en las orillas del río y, con excepción de Magangué, donde anualmente se celebran tres ferias, se componen de miserables chozas. El *steamer* para especialmente en estos lugares, desde cuyos caminos, esto es, desde estos caminos marginales, se llega al interior del país. En estos lugares de parada se erige, por lo general, sólo una casa para la conservación de los bienes. Diariamente se recoge dos o tres veces madera, que es almacenada por los pobladores. Pese a que la madera no tiene ningún valor, el consumo se eleva a más de 100 táleros. Cuando el vapor se

detenía, aprovechábamos el tiempo para recorrer tierra firme. Pero la selva es tan espesa, que nos veíamos generalmente limitados a los pequeños terrenos, donde los árboles estaban talados.

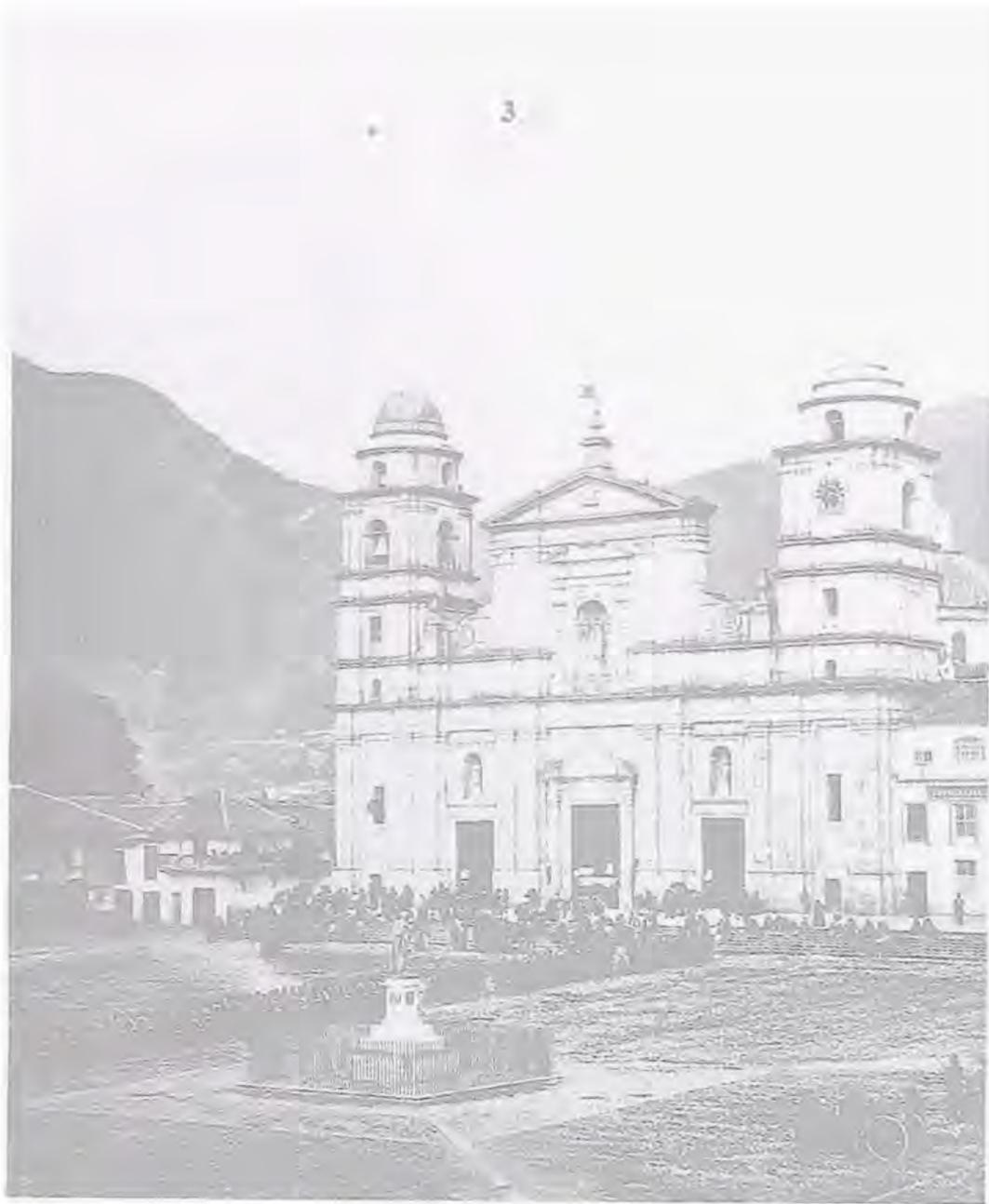
Honda tiene una situación privilegiada en la desembocadura de tres ríos en un amplio valle encajonado. Pero la ciudad misma está totalmente destruida. Los conventos, los puentes y las casas decentes de los españoles yacen en ruinas. Entre los 3.000 y 4.000 habitantes no hay ninguna familia distinguida. El comercio con Ambalema (plantación de tabaco de Fröling & Göschen) y otras plazas es atendido por algunos extranjeros, generalmente judío-alemanes.

La situación estatal en la República de Colombia es altamente curiosa y no puede ser considerada, de ninguna manera, como una organización ejemplar. Seguridad de la propiedad no se conoce. Quien no quiera pagar, no paga; y el crédulo no dispone de ningún medio a la mano para recuperar su dinero. La República se compone de nueve Estados, cada uno de los cuales posee un gobierno independiente. La revolución en estos Estados autónomos no cesa nunca, porque los partidos, conservador y liberal buscan aventajar al contrario, no a través de las elecciones, sino conduciendo a la guerra —en la que generalmente no corre mucha sangre— a la canalla armada, a los “voluntarios” (esto es, a la gente que es agarrada con lazo y obligada al servicio militar en uno de los partidos). Naturalmente, se trata, bajo los aparentes móviles, siempre sólo de si el partido liberal o el conservador puede obtener los mejores medios para robar las indigentes arcas del Estado. Los “voluntarios” son pagados con préstamos “voluntarios” que hacen las personas más adineradas. Como “préstamos voluntarios” se entienden los cientos o miles que un hombre paga buenamente en el acto, a perentoria instancia, o también después que él ha tenido que morir de hambre tres días o ha tenido que quedarse parado 24 horas sobre las puntas de los pies en la forma más habilidosa. En estas revoluciones, el viajero es fastidiado por lo menos por su pasaporte, o los guías, por miedo de caer de pronto en el “servicio voluntario”, se resisten a ir de una región a otra. Inmediatamente después de nuestro arribo a Honda, emprendimos un viaje a las montañas, hacia las minas de plata de Santa Ana, y ya entrada la tarde regresamos de allí. Las cartas de recomendación nos propiciaron en todas partes una buena acogida. El viaje tiene sus dificultades, pues nos encontramos en la estación lluviosa. Los caminos están en tal estado, que las mulas se sumergen en el barro hasta los ijares. Por lo general llueve por las noches y las tormentas son muy fuertes. En dos o tres días proseguimos a Bogotá.

III

Bogotá, 17 de abril de 1868

El 29 de marzo llegamos a Bogotá. Llegar a Bogotá no es tan fácil como se ve en el mapa, pero especialmente no se lleva a cabo tan rápido. El 20 escribí mi última carta desde Honda y el 25 pudimos finalmente iniciar el viaje a Bogotá. Las mulas de la hacienda de Fröling & Göschen fueron puestas gratis a nuestra disposición, después que en vano tratamos de hacer el recorrido con mulas alquiladas. Otras dificultades y esfuerzos que requieren mucho tiempo las encontramos en la travesía sobre el caudaloso río Magdalena y en el embalaje de todo nuestro equipaje en telas impermeables. El camino a Bogotá parte de la orilla derecha del río Magdalena, en donde hay un único, pero bastante espacioso depósito. Frente a éste aguardan siempre manadas completas de animales de carga para ser cargados. Había en esta bodega aún más movimiento, cuando algunos cientos de soldados recibieron la orden de tomar sus nuevos fusiles. Cuán sucias y desharrapadas se veían estas tropas del ejército federal, no es fácil de describir. Sin embargo, la gente no debe batirse mal. Después vimos una parada militar en Bogotá, en la que una tropa, en parte compuesta de negros, en parte de indígenas y en parte de blancos, viejos y jóvenes, estaba embutida en uniformes franceses.



La Catedral de Bogotá.

El primer día hicimos sólo seis horas de camino desde la bodega, porque las otras seis horas se habían perdido cargando nuestras ocho mulas. Alcanzamos un lugar desde el cual se tenía una vista despejada sobre el Tolima y el páramo del Ruiz, los cuales muestran, sobre todo éste último, una superficie de nieve muy amplia. Al día siguiente, a las nueve, llegamos a la primera cumbre elevada —de unos 5.000 pies— de la primera serie de altas montañas. La vista desde aquí sobre el valle del Magdalena debe de ser maravillosa; nosotros vimos la región sólo en parte, porque gruesas nubes cubrían los valles.

El camino conduce ahora hacia abajo al valle de Guaduas, cuya ciudad reserva una panorámica extraordinaria. Ésta descansa sobre una verde llanura en una hondonada y posee una catedral visible desde lejos, y también, como más tarde nos persuadimos de ello, un pequeño hotel. Sin haber tomado una larga estadía, al otro día ascendimos aún dos parecidas crestas de montaña, separadas por valles como la primera. Pero la última de ellas con una altura de más de 6.000 pies. El paisaje puede abarcarse con la vista, a una gran distancia, desde todos estos puntos. También el tiempo nos fue favorable; en todas las direcciones se extendían poderosas cadenas montañosas y amplios valles, en los que se buscan en vano residencias humanas. El camino hacia Bogotá no se encuentra destruido, pues es el único largo y ancho. En toda la ruta no faltan posadas, en las que se ofrece la oportunidad a los arrieros de embriagarse con guarapo. En una de estas posadas tuvimos que pasar la segunda noche y, ciertamente, sin ropa abrigada y sin comer, pues nuestro guía se había escapado con las mulas, como venganza por una reprimenda. El tercer día pasamos por el ancho valle de Villeta, que es muy parecido al de Guaduas, pero el que obliga al caminante a descender a una hondura parecida a la de Honda. No lejos de Villeta cambiamos las fatigadas mulas y ascendimos de nuevo el mismo día hasta una altura cercana a los 6.000 pies, por una pared montañosa, hacia el occidente, al pico que delimita la altiplanicie en la que descansa Bogotá. Al cuarto día, hacia las once de la mañana, se



Casa de los Portales y la estatua de Bolívar en Bogotá (Plaza de Bolívar).

habían ascendido los restantes 2.600 pies y al mismo tiempo, de pronto, como si se saliera del valle del Puente del Diablo, en la planicie Suiza del Andermatt, así de pronto se ve uno al borde de la altiplanicie de Bogotá, que posee ciertamente grandes dimensiones, pues tiene entre cinco y seis millas alemanas de ancho y cerca de diez millas alemanas de largo. El carácter de la vegetación había cambiado ya notoriamente en el curso de nuestro último acampamento nocturno y poco más arriba desaparecieron completamente la mayoría de las plantas tropicales, dando lugar a los campos plantados de papas y cereales (exactamente como los observamos cerca de Räcknitz). Pero también el clima había cambiado. Soplaban un viento tan frío como nosotros lo habíamos sentido en la altura de las Azores. Las mulas, con sus casi 300 libras de peso, pusieron cara de gran satisfacción cuando habían alcanzado El Roble, el último punto de la empinada cuesta. El estado de esta vía tan extraordinariamente frecuentada es tal, que yo haría de ella un elogio, si la comparara con los caminos por el Monte Moro o con otros conocidos caminos apenas transitables de Suiza.

Desde El Roble cabalgamos sobre una vía ancha, pero transitada sólo por carretas de bueyes, hacia Facatativá, ciudad ansiada por nosotros ya desde hace una semana, en busca de una posada soportable. Bogotá tampoco se veía aún desde aquí. Nuestro termómetro marcó la última noche 7 grados (en Honda y Santa Marta, comúnmente, 24-25 grados), una temperatura que era para nosotros muy dura, pese a que habíamos desempacado nuestra ropa de invierno. El domingo acompañamos a caballo a la carreta tirada por bueyes, que había sido cargada con nuestro equipaje, rumbo a Bogotá. En Cuatro Esquinas, en una estación de ómnibus que viaja una vez por semana entre Facatativá y Bogotá, reconocimos al fin las primeras casas de Bogotá, y hacia las cinco de la tarde llegamos, sin duda con más tropiezos y penalidades de los que he aludido, a la capital de la República de Colombia. Los siguientes cinco días los pasamos con la ocupación extremadamente fatigosa de conseguir una vivienda

adecuada, pues en la fonda donde en la tarde de nuestro arribo encontramos un sitio, es imposible quedarse.

Los alemanes, ingleses y norteamericanos que viven aquí han sido extraordinariamente deferentes, y no menos corteses fueron los bogotanos. Por último, alquilamos una casa que está situada en la parte alta de la ciudad y posee no menos de 20 a 25 cuartos desamoblados. Hemos amoblado tres habitaciones con lo más indispensable; en algunas de las otras, que están alrededor de un patio plantado de flores, en cuya mitad se encuentra hasta una pila de agua, dejamos las maletas y las cajas. Las flores que crecen en el jardín son: rosas, fucsias, espuelas de caballero, fresas, y etc., es decir, cosas francamente extrañas.

En la adquisición del mobiliario casero nos han sido muy agradables y útiles los servicios de una señora Krätschmar y su esposo. Ellos vivieron hace mucho tiempo en la corte de Amtmann, en Leipzig, y la hermana vive también aún allí y se encarga de las compras en las fábricas sajonas (encajes, botones, telas), para el negocio, bastante apreciable, que la señora Krätschmar hace aquí. El señor Krätschmar es carpintero y constructor de coches y está aquí muy bien establecido. Su hermana Karoline Heller, que empezó aquí el negocio de los encajes, regresa ahora a Leipzig; toda la familia goza de una buena reputación entre la gente de la ciudad, gracias a su amabilidad.

El clima de Bogotá debe de ser muy saludable; en todo caso, no es muy caluroso y durante el año sufre pequeños cambios. El mínimo por la mañana llega a los 10-12 grados, el máximo a la sombra a 18-20 grados. En las dos épocas de lluvia, una de las cuales tenemos ahora, es más caliente que en las estaciones secas. Pero se trata también sólo de pocos grados en determinadas horas. En esta época llueve generalmente todos los días, fuerte, pero muy raramente durante horas. La ubicación de Bogotá es magnífica; las casas se construyen algunos cientos de pies sobre las empinadas montañas de casi 2.000 pies de altura. La vista desde las calles de arriba sobre la llanura, que forma una gran cuenca marina, y sobre las nieves perpetuas en el occidente, es grandiosa. La ciudad posee una gran extensión, porque la mayoría de las casas se componen de sólo un piso y por lo menos encierran un patio. Se da una cifra de 42.000 habitantes. Todas las personas, hombres y mujeres, llevan casi sin excepción trajes negros.

No hemos recorrido todavía los alrededores, pues el doctor Reiss, tan pronto como instalamos nuestra casa, enfermó de fiebre, lo que aquí es muy corriente, aunque es muy benigna. El médico inglés confía en que lo verá completamente restablecido dentro de pocos días. Naturalmente, no le faltan los cuidados. Los alemanes, que aquí son negociantes y la mayoría están muy bien establecidos, se han excedido, en esta ocasión, en atenciones.

El agregado de negocios inglés, que conocimos en una reunión social, nos hizo en días pasados una visita y nos ofreció, ya que Alemania no tiene aquí ningún representante político, presentarnos al presidente de la república y apoyarnos en cualquier otro asunto.

Nuestro viaje por Sudamérica se retrasa cada vez más, porque las más inverosímiles dificultades se oponen siempre a que lo prosigamos. La falta de responsabilidad y la incapacidad de la gente son verdaderamente increíbles. Antes que lleguemos a Quito, en cuya cercanía confiábamos estar exactamente por esta época, podrán pasar aún tres meses. Lo más desagradable en estos errores de cálculo es que tenemos que quedarnos tanto tiempo sin noticias de la casa. También nuestras cartas llegarán más irregularmente, pues entre aquí y Quito no existe ninguna comunicación postal.

Aquí tenemos que equiparnos de toda clase de utensilios de viaje, lo que hasta ahora ha sido imposible. Tenemos que hacerlo, ya que los almacenes del resto de las ciuda-

des están tan pobremente provisionados que ni siquiera se puede comprar una silla de montar. Suena increíble cuando se cuenta que en Bogotá tampoco se trabaja propiamente, sino que todo lo que la gente lleva puesto o lo que sirve para amoblar y adecuar una casa, casi todo sin excepción, viene de Europa. Después de la descripción del camino, uno se puede imaginar cuán caras pueden ser las cosas voluminosas y frágiles. El subir un piano de Honda a Bogotá cuesta entre 200 y 300 pesos, demora entre dos y tres meses y se requieren durante este tiempo entre 15 y 20 cargadores. Para cargar, los indígenas son muy hábiles y aún más fuertes que nuestros cargadores. Los objetos de carga que pesan más de 200 libras, y no pueden ser cargados en las mulas, los transportan los indígenas a Bogotá, cuesta arriba, y por cierto que todo el peso descansa en la cabeza.

Mi tiempo no me permite contestar las cartas familiares. Lo siento de todo corazón, y les pido que no se preocupen innecesariamente por mí. Desde la distancia todo parece más peligroso de lo que es en realidad. Evitaré contestar cosas personales, pues ello sería poco práctico e inamistoso. Cartas que requieren tanto tiempo para llegar, como las mías, cuando llegan son propiamente ya piezas históricas. Por ello sólo debe informarse lo que de hecho es, pero no escribir sobre lo que está sometido a tan rápidos cambios y produce fácilmente preocupación, como el estado de salud.

IV

Bogotá, 16 de mayo de 1868

Todavía estamos en Bogotá. Las cuatro semanas desde el envío del último correo se nos han pasado muy rápidamente, aun sin haber realizado grandes recorridos. He emprendido algunas excursiones solo. El doctor Reiss está desde hace quince días plenamente restablecido. El clima nos parece ahora, después de olvidar el calor del valle del Magdalena, muy agradable.

A Bogotá hemos tenido que diferir la reparación, el cuidado y el establecimiento de muchas cosas; tanto por ello, como también por las investigaciones en la biblioteca y por las inevitables visitas de atención, se nos han pasado las semanas como días. Hoy no se puede esperar un informe de viaje. Cómo es Bogotá y cómo se ven las cosas aquí, se puede observar mejor en las fotografías que aquí incluyo (por el estilo de las cuales enviaré algunas otras en las próximas cartas), más que en las largas descripciones. La época de lluvias no ha entrado todavía con la fuerza esperada. En la mayoría de los días sólo hay algunos chubascos, mientras que los aguaceros y las lluvias continuas que inundan las calles de Bogotá un pie de altura se presentan ahora muy ocasionalmente. Las noches son con frecuencia muy claras, y por tanto se observan relámpagos en toda la amplitud del cielo. En el día está el cielo por lo general cubierto de nubes que con frecuencia perturban nuestras observaciones. A fines de mayo debe comenzar una mejor estación.

Hice una excursión a la capilla de Guadalupe, que se encuentra 2.000 pies aún más alta que Bogotá y que está construida en la más alta montaña, La Peña, a los pies de Bogotá. La vista desde este punto es, en todos los sentidos, maravillosa y única. La vegetación corresponde muy cercanamente, en su carácter, a las altas montañas de los Alpes suizos y aún más a ciertas regiones de Madeira y Tenerife. Si es posible, pasaré algunos días en Guadalupe o Monserrate, que está sólo cien metros más abajo, para hacer con el doctor Reiss observaciones barométricas, para lo cual el observatorio de Bogotá proporcionará el otro punto de observación. Bogotá tiene un observatorio que fue construido por Caldas y Mutis y que era utilizado provechosamente por el mismo Caldas en la época de Humboldt. Que no se encuentre en este momento ningún instrumento en este observatorio, se entiende perfectamente por sí mismo. Esta construcción, cuyas llaves se encuentran en nuestras manos y que dio



Plaza de la Constitución (lado occidental) de la Casa de los Portales.

renombre e importancia al país, se convirtió en años pasados en prisión del presidente de la república, el Gran General Mosquera. Si el edificio hubiera estado más despejado, lo hubiéramos acondicionado para nuestra residencia.

Como digno de ver, que por las especiales relaciones climáticas hay pocos en el mundo, es el día de mercado, el cual tiene lugar todos los viernes. Los aborígenes traen aquí, desde una distancia de dos días de viaje, sus frutos de la tierra y otros víveres. Los productos de tierra caliente y de las zonas frías se conjugan idílicamente: papas, manzanas, fresas yacen al lado de plátanos, piñas, granadas, etc. Y así como se diferencian los frutos, así también los compradores y vendedores en los rasgos de la cara y el color de la piel. Pero también son innumerables los pordioseros e inválidos que sitian la plaza de mercado. Más digno de admirar es en Bogotá el empedrado, que sin duda en ninguna otra ciudad de igual tamaño se podría encontrar tan malo, sin excepciones.

En lo que concierne a negocios, está Colombia mucho más atrás que la desorganizadísima América. El banco inglés, que ha estado aquí desde hace unos años, cierra este mes, porque el negocio no renta con las pocas casas realmente seguras. El que no quiere pagar, no paga. En este momento hay aquí un inglés y un alemán enviados hace más de seis meses para exigir al gobierno el pago de gruesas sumas para sus casas de Londres y Bremen. La gente ha encontrado muy bien que un presidente que acaba de llegar al poder, del que se dice que es honrado, sea de la opinión que a la gente se le pague hasta cierto punto.

Tomamos la comida en el Club Americano, donde todas las personas respetables —o al menos de aspecto respetable— de Bogotá circulan, leen los periódicos, juegan billar o tresillo. La mesa de juegos de azar nunca se encuentra vacía.

Hasta ahora sólo tenemos un ayudante, que viene varias veces al día a nuestra casa; pero para continuar el viaje deseamos contratar dos personas útiles, de talento, las que, con todo, vayan a pie. Nuestro equipaje también tuvo que sufrir alguna transformación. Además hemos mandado a hacer sillas de montar y otros accesorios a un talabartero alemán muy hábil. Lo más dificultoso es la compra de mulas.

El momento de partir de aquí depende del tiempo que requiramos para ver, según nuestro parecer, lo más interesante de los alrededores de Bogotá. En menos de dos o tres meses no tenemos la esperanza de llegar a Quito. Las condiciones políticas de la república han evolucionado hacia un estado favorable para nosotros; las revoluciones deben tocar en todas partes a su fin.

Cierta vez que estuvimos en el teatro, se representó pésimamente una obra idiota; sin embargo, los actores encontraron muestras de aprobación y fueron especialmente aplaudidos: en la aclamación fueron engañados o se les mintió con gran virtuosismo. La construcción, que fue hecha por los españoles, tiene una capacidad para mil espectadores. Cuando llueve, no se realiza la función, porque la carencia absoluta de coches para las damas hace imposible ir al teatro. Cuando el tiempo es malo, los cargadores transportan a las damas sobre sus espaldas a los bailes y reuniones sociales. No hemos podido prescindir completamente de las invitaciones, y en estas ocasiones pudimos convencernos suficientemente del gran lujo que hay tanto en los vestidos como en la comida y la bebida.

V

Bogotá, 17 de junio de 1868

Estamos todavía en Bogotá, al menos de paso, pues aprovechamos el relativamente buen tiempo para hacer excursiones a los alrededores y todavía lo aprovecharemos más, antes que podamos emprender el viaje largo. Hace poco visitamos el maravilloso salto de Tequendama, que supera todo lo que yo he visto en este sentido. El río que forma la caída de agua se origina en las grandes lagunas situadas en la sabana de Bogotá, que en esta época adquieren una gran dimensión. La parte superior del salto está constituida por una pared rocosa perpendicular, de unos 500 pies de altura, sobre la que se precipita el agua sin ninguna interrupción; la inferior, que igualmente cuenta con algunos cientos de pies, por una terraza rocosa imponente. En cinco horas se puede llegar de Bogotá al salto, pero por lo común el viaje se organiza de manera que se llegue a tiempo por la mañana, pues ya a las nueve las nubes han cubierto el profundo valle. En un pequeño pueblo, Soacha, hay una posada en la que se puede pasar la noche con comodidad, cuando se trae una cama, y que sirve de punto de partida a casi todos los visitantes. Pese a que partimos de allí al amanecer, llegamos a la cascada hacia las 11, pues el puente que cruza el río Bogotá está destruido desde hace un tiempo y el traspaso en una barquita de caña, en la que se podía transportar cada vez sólo una persona y su silla de montar, quitaba mucho tiempo, así como el paso a nado de las mulas, que no se decidían fácilmente a saltar al agua profunda. El tiempo fue mejor que el día anterior, cuando llovió a cántaros y la temperatura fue de 10 a 12 grados, pero no era tan despejado como nosotros lo hubiéramos deseado. Vimos el agua del salto precipitarse al abismo, en cuya profundidad, debido a la nebulosidad allí existente, sólo pudimos oír el estrépito. Contadas veces, en algunos instantes el viento impulsaba los átomos de agua hacia la cúspide, de tal forma que se veía el fondo del valle. La grandiosidad de la naturaleza no es entorpecida aquí en ninguna forma por la civilización humana, pero también el gozo se dificulta innecesariamente por la ausencia completa no propiamente de buenos, sino de transitables caminos, que se pueden construir muy fácilmente. El río tiene, donde forma la cascada, un ancho de unos 25 pasos, y un puente se puede hacer colgar sin dificultad alguna aquí o en otra parte. Pero como éste no existe, se requieren, para pasar a la otra orilla, seis horas a caballo. Muchas veces los científicos han hecho grandes esfuerzos para averiguar la altura de la cascada, a cuyo pie no se puede llegar sin dificultades. No tuvimos el honor de repetir estos experimentos, completamente sin valor para la ciencia, pero, sin embargo, deseábamos ver el grandioso espectáculo del salto también desde abajo. Con este objeto cabalgamos el mismo día hacia San



Negociante de pollos de Fómez.

Antonio, lugar situado unos 4.000 pies más abajo. Cuán rápido, en el descenso desde la altiplanicie, cambia el clima, y con él la vegetación, es algo extraordinariamente llamativo.

En dos horas se pasa de la región de la cebada y las papas, en la que uno no se desprende con gusto de la ruana impermeable, a una zona de vegetación tropical, sobre la que se extiende el más bello cielo azul. San Antonio se sitúa en dirección al valle del Magdalena, en el cual desemboca el río Bogotá después de tres días de viaje desde la cascada. Indescriptiblemente bella es la vista de que se goza tan pronto como la capa de nubes se va y se desciende hacia el ancho valle que está delimitado por la cordillera Central. Las más altas montañas de ésta son los volcanes del páramo del Ruiz y del Tolima, visibles casi desde todas partes y ya antes mencionados por mí, cubiertos desde muy abajo con nieve y vinculados, a través de una serie de pequeñas montañas nevadas, uno con el otro.

El camino a San Antonio fue de nuevo interminable, y sólo muy tarde llegamos a nuestro destino. Cuando la gente dice que el sitio a donde uno quiere llegar está muy cerca, a media hora, lo más seguro es que todavía haya que cabalgar dos o tres horas más. Al día siguiente nos levantamos muy temprano, atravesamos la cresta de una elevada montaña, para cortar una parte del valle por el que corre el río Bogotá. En las últimas casas por las cuales pasamos, contratamos para nuestros tres guías un indígena que se veía inteligente y que estaba armado de un lazo y un gran machete. Pronto dejamos detrás de nosotros las últimas huellas de un camino; entonces sólo



Negociante de quesos de Choachí.

se pudo penetrar por donde el indígena, con gran destreza, paso a paso, abría el camino que nosotros podíamos seguir sólo con gran esfuerzo. Muchas veces nos encontrábamos con una roca inescalable y teníamos que regresar para buscar una vía en otra dirección. Después de cinco horas de trabajo nos encontramos por fin al pie de nuestra cascada. El guía, que había estado de acuerdo en esta dura tarea como consecuencia de nuestros enérgicos empujones, renunció a seguir. Desde el sitio alcanzado, dominábamos con la vista el salto, en forma perfecta, especialmente la mitad inferior, de cuya existencia no se tiene idea, si se ve desde arriba. El tiempo era insuperablemente bueno y contribuía a compensar nuestros grandes esfuerzos. A nuestro regreso, encontramos servida en San Antonio una cena aceptable. Las gentes más pobres en el Estado de Cundinamarca son muy tratables y bastante honradas, nada comparables con los habitantes de la costa. Pero entre estas gentes, que llevan vestido y sombrero negros, es raro que haya alguien que sea capaz de trabajar con habilidad (aparte de la estafa más común, la sobresaliente falsificación de monedas, que es aquí un negocio activo y próspero).

Por otro camino regresamos de San Antonio a Soacha y visitamos, antes de viajar a Bogotá, la orilla izquierda de la cascada, desde la cual reconocimos el punto del valle donde dos días antes habíamos estado.

Aún no nos ha sido posible adquirir mulas, aunque hemos probado muchas; ellas son precisamente los animales más importantes para proseguir nuestro viaje. Las mulas

de tierra fría son inservibles en tierra caliente. A punto de comprar la mula con que viajé al salto y que encontraban todos los expertos de Bogotá sumamente valiosa y adecuada, le descubrí a tiempo una molestia en el pie, que le apareció en el corto viaje. El resto del equipaje para el viaje está casi listo.

La vida en Bogotá es bastante cara; en el campo, por el contrario, es visiblemente barata, pero a nosotros nos resulta aún costosa, porque allí tenemos que tomar más gente y animales. Las revoluciones en los diferentes Estados parecen ahora haber llegado a su fin. Los liberales y los conservadores suelen matarse a tiros en la calle, a traición, sólo por sus diferencias de opinión política. Pero los extranjeros no son de ninguna manera perturbados por esta costumbre inocente y muy usual en el país. Se puede ir día y noche por todas partes, sin armas. Al parecer, eso es lo más esencial que puedo informar por hoy. Si contara con cuánta frecuencia entorpecen las nubes nuestras observaciones y cuántas inútiles marchas hubimos de hacer para lograr o saber esto o aquello, podría llenar muchas páginas.

De todas las personas que hemos conocido, y no son pocas, fueron los Krätschmars, los antiguos habitantes de Amtmann, los más útiles. Entre los otros, la cosa no iba más allá de las visitas e invitaciones ceremoniales. Los Krätschmars mandaron, en una buena oportunidad, que su hija mayor viniera, y ella atrasó el viaje cinco semanas.

En la biblioteca de Bogotá encontramos un cuadro de Humboldt, el cual fue pintado aquí durante su estancia. Lo hemos mandado fotografiar e incluyo aquí una copia.

Es de decir que los indígenas bien formados poseen una fuerza increíble, cuando no están borrachos. Hoy llegó uno a Bogotá con una caja con telas que pesaba más de 300 libras y que él solo había cargado en sus hombros desde Honda. Si desde Honda a Bogotá se tienen que subir 14.045 pies ingleses y bajar 6.024, este trabajo merece todo el respeto. El hombre estuvo 14 días de viaje y recibió por ello 96 francos.

VI

Zipaquirá, 5 de julio de 1868

Debo ponerme ahora a escribir esta carta, pues tenemos planeada una gran excursión y tal vez después no encuentre ninguna ocasión para enviar a tiempo cartas a Bogotá. Hemos abandonado esta vez a Bogotá en dirección norte y tenemos la intención de visitar la herrería de Pacho y las minas de esmeraldas de Muzo, así como otros lugares de interés. La excursión tomará entre 14 y 17 días. La mina de sal de Zipaquirá la visitamos ayer. Es ella un yacimiento de sal muy singular y de gran importancia para Colombia. El material extraído es cargado sobre mulas y transportado muy frecuentemente hasta el más apartado rincón de la república. Para el gobierno, las minas de sal, al lado de las aduanas, constituyen la mayor fuente de ingresos. Antes de emprender este *tour*, hicimos otro en dirección del puente natural de Pandi y hacia Fusagasugá. Para llegar allí, escogimos no la ruta convencional, sino una más interesante, pero también mucho más penosa. Tuvimos que ascender por una cadena montañosa y, desafortunadamente, el tiempo no fue el más favorable.

Por tramos llovía a cántaros. Del estado de lo que aquí llaman caminos, apenas es posible hacerse una idea. En medio de pantanos espesos, que pisan siempre las mulas, se originan zanjas permanentes, que son con frecuencia tan profundas, que las mulas tocan con la nariz las calzadas. No es raro encontrarse durante muchas horas con un camino en estas condiciones. Mas los animales se comportan admirablemente. La mula que me reservo para todos los caminos, la he comprado y estoy muy satisfecho con la adquisición. El precio fue razonable: 360 francos. El doctor Reiss

compró una bestia elegante, pero rinde hasta ahora igual que la mía. De todas maneras, tenemos que adquirir para el viaje al Cauca dos bestias de montar más. El peso que hacen las mulas al viajero es muy grande. Cuando por la tarde se llega al lugar de dormir, lo más importante es procurar alimentarlas, lo que frecuentemente es de suma dificultad. Aquí se suelen tener los animales en pastizales que están cercados, pero no ofrecen ninguna seguridad contra los ladrones. Además son estos potreros tan grandes, que al otro día se pierden algunas horas antes de lograr enlazarlas.

El puente natural de Pandi cubre, como una bóveda, un precipicio estrecho y profundo, de más de 400 metros, en medio del cual corre el río Sumapaz. El puente está formado de manera que las rocas desmoronadas que yacen abajo fueron desbastadas por el agua a través de los tiempos, mientras que la roca firme de la que surge ofreció una fuerte resistencia. El puente pertenece a los leones de la comarca, y ya por esto debe visitarse. La región en la cual se encuentra esta atracción es verdaderamente hermosa. Colombia entera es, en realidad, una Suiza en una medida tres veces más grande. No se puede afirmar lo mismo del hotel.

Fusagasugá es la Baden-Baden de Bogotá. Los bogotanos de recursos suelen trasladarse hasta allí en junio y julio algunas semanas, para tomar aire más caliente y huir del paramito (de la lluvia con neblina). Que la gente alquile una casa en Fusagasugá, y algunos de los más necesarios objetos sean transportados hasta allí, es lo más importante y entretenido de todo el asunto, pues el sitio no ofrece absolutamente nada. De las casas, tal vez unas cinco o seis estén limpias; las otras están más cerca de nuestra idea de una cabaña de barro. La posición del sitio en una planicie que comprende muchas millas valle abajo y que está encerrado por altas montañas cubiertas de bosques, es sumamente impresionante. Desde Bogotá se puede llegar a Fusagasugá en un día; el viaje a caballo es, sin duda, pesado.

En Bogotá, en estos momentos, se compra en grandes cantidades todo el cambio de moneda europea, porque el gobierno pagó algunas de sus deudas.

Hoy por la tarde (7 de julio) hemos llegado a Pacho, y envió esta carta a Bogotá con un inglés que nos acompañó hasta aquí.

VII

Bogotá, 15 de agosto de 1868

Desde Pacho envié mi última carta. Hemos concluido hace pocos días nuestra excursión por las provincias del norte de Colombia, ya regresamos a Bogotá y estamos muy satisfechos. Cuánto tiempo tarda en este país un viaje, es algo imprevisible. Para el último nos habíamos fijado 14 días, y estuvimos de viaje cuatro semanas enteras. Nuestras mulas respondieron muy bien a las exigencias y ninguna se extravió. El peón que llevábamos, fue de gran utilidad. El tiempo permitió con frecuencia ser disfrutado. Pero las condiciones topográficas hacen aquí completamente imposible escoger un clima adecuado en unos sectores del territorio, aunque ellos sean contiguos. Las condiciones climáticas dificultan mucho los viajes, pues se debe contar con vestidos tanto para el calor tropical como para las más bajas temperaturas y las fuertes lluvias. En Pacho pasamos un día para visitar la herrería, que pertenece al hermano del ministro inglés en Bogotá y quien nos recibió muy amablemente. Lo que aquí significa una herrería, puede ser imaginado con facilidad, si se sabe que no existe en ninguna dirección ni una sola carretera transitable y el camino que conduce a la capital del país no es mejor que el que cruza el Monte Moro en Suiza. A nosotros nos interesaron especialmente la forma y los yacimientos de las piedras ferruginosas.

Para ir de Pacho —una población que está en un valle precioso y goza de un clima muy agradable— a Muzo, tuvimos que atravesar un páramo de unos 10.000 pies de



Negociante de huevos de Chocontá.

altura, y al cuarto día llegamos a nuestro destino. Este trayecto del camino fue muy “trabajoso”, como aquí se suele decir, pues uno se arriesga a quedar estancado en el barro y para las mulas y los hombres apenas se puede obtener lo indispensable para la subsistencia. En las cabañas donde es necesario pasar la noche, las personas no desean vender absolutamente nada, y después de largas horas de negociación muy de cuando en cuando se logra adquirir unos huevos o una gallina. Se requiere mucha paciencia para repetir lo mismo casi todos los días, especialmente con el estómago hambriento, con frío y humedad después de la caída de la noche. Muzo es una pequeña población completamente en ruinas, que fue construida por los españoles cuando conquistaron el país. Las ruinas están cubiertas con la vegetación más exuberante, pues Muzo pertenece a tierra caliente. Las minas de esmeraldas están a tres horas de distancia. Estábamos ocupados justamente con la determinación de la anchura geográfica, cuando Lehmann, el director de las minas, para quien teníamos algunas cartas de recomendación, llegó y se nos presentó. Que Lehmann tiene que ser judío, se entiende por sí mismo. Pues un negocio de piedras preciosas de alguna significación no puede estar en otras manos. Menos se entiende por sí mismo que Lehmann sea francés, o que él mismo al menos no juegue con destreza. Pues como nos insistió el primer peluquero de Bogotá, que nos dio una carta de recomendación para Lehmann —asegurándonos que cuando estaba en Bogotá se la pasaba todo el día en su casa— hizo que conocer a Lehmann fuera para nosotros casi tan inquietante como las minas de esmeraldas mismas, las que, como se nos aclaró en Bogotá, no parece verse con agrado que se las visite, al menos por especialistas.



Indígena de Suba.

En compañía del primero y del segundo directores, llegamos el mismo domingo a la población de Muzo, que cuenta con una muy notable mina de su tipo y donde en la casa del director encontramos dispuesta una habitación y la mesa servida para nuestro recibimiento. Los dos días siguientes visitamos las minas, pero tuvimos que pagar con amplitud al francés la hospitalidad con la conversación y el examen establecido. Las minas son trabajadas por cerca de 250 indígenas, que rinden con una resistencia increíble. Geológica y mineralógicamente son las minas muy interesantes, y la compañía, que no paga al gobierno una renta anual de más de 150.000 táleros, debe hacer pingües ganancias con ellas. Al día siguiente de nuestra estancia, el botín fue esplendoroso: se encontraron cientos de cristales, entre ellos muchos pequeños, muy valiosos, pero también dos del tamaño de un puño, en espátos calcáreos del esquisto negro. Lehmann no pudo asegurarnos convincentemente que días como éstos eran una excepción, y nos rogó no hablar nada sobre ello en Bogotá. Para mencionar una vez más la personalidad en cuestión, sólo quiero señalar que el talento ejecutivo de Lehmann descansa única y exclusivamente en hacer esfumar, con una ambición digna de ver, hasta la más pequeña chispita de esmeralda. El comportamiento del señor director era tal, que los otros funcionarios, cuando estábamos solos, aprovechaban la oportunidad para lamentarse de que nosotros tuviéramos que llevarnos una impresión tan negativa del funcionamiento de las minas. Todas las esmeraldas son enviadas a París, pulidas y desde allí comercializadas. Las piedras que son ofrecidas aquí de cuando

en cuando en el mercado, proceden de épocas pasadas y fueron en ese tiempo agrupadas con buen gusto. En Bogotá, jesuitas italianos han trabajado con oro macizo.

Para proseguir nuestro viaje, fue necesario regresar a la localidad de Muzo y tomar de nuevo el peculiar puente sobre el río Minero, que había olvidado mencionar hasta ahora. El puente se compone, desde que el río destruyó uno de madera, de una serie de tiras de cuero que están tensas, a una considerable altura, sobre el amplio pero caudaloso río de unos cien pies de ancho. Para pasar de un lado a otro, uno se ata una cuerda al cuerpo y, asegurada a una madera arqueada que está colgada sobre las tiras de cuero, se deja uno empujar. Gracias al impulso dado con las manos en la cuerda tendida horizontalmente o impulsado por indígenas, se atraviesa rápidamente de una a otra orilla. Las mulas deben, por supuesto, nadar, pero son amarradas de tal forma que la corriente no las pueda arrojar contra las piedras. El paso quita mucho tiempo, pero de todas maneras es muy original. El mismo día tuvimos que atravesar otro puente, igualmente muy particular. Era del tipo del puente en cadena, cuyas cadenas no eran fabricadas de hierro, sino que son reemplazadas por bejucos (especie de lianas). Para el afianzamiento de estas cuerdas naturales sirven las ramas de dos árboles situados uno frente al otro. Una obra de estas características, que los indígenas saben construir con gran ingenio, causa un efecto espectacular en medio de la exuberante vegetación.

La siguiente localidad que queríamos visitar era Santa Rosa, conocida por un enorme meteorito de hierro, que se encuentra allí mismo. En el camino pasamos por una de las ciudades más grandes de Colombia, en realidad muy visitada, a causa de la milagrosa Virgen María de Chiquinquirá. La catedral es grande y fue construida por los jesuitas, pero no ofrece nada de interés. En Saboyá nos desilusionamos bastante de las piedras con jeroglifos indígenas. Villa de Leiva es una localidad muy agradable. La visitamos por las petrificaciones que se encuentran en sus cercanías. En Paipa nos detuvimos a ver las aguas termales y los afloramientos salinos que cubren grandes extensiones del suelo. Finalmente llegamos a Santa Rosa, el 23 de julio. Nuestros primeros pasos se dirigieron a la plaza, donde junto a la fuente, sombreado por altos prados, está el meteorito. La piedra es tan grande y pesada, que con los medios con que aquí se cuenta no puede ser transportada. El superintendente de minas sería muy desdichado, si viera el meteorito y no tuviera la oportunidad de llevárselo. Con frecuencia se había intentado en vano quitar un trozo de la piedra. El alcalde del pueblo, con la convicción de que, como los otros, fracasaríamos, nos concedió con gusto permiso de trabajar en ese intento. Con muchos esfuerzos y con la asistencia de muchos herreros de gran fortaleza, se lograron arrancar dos trozos del tenaz hierro. La mitad de la ciudad, por supuesto, estaba allí reunida.

Desde Santa Rosa emprendimos el regreso a Bogotá y visitamos las ciudades de Sogamoso, Tunja, capital del Estado de Boyacá, y Chocontá (todos nombres indígenas). Tunja se puede comparar, por su posición y aspecto, a alguna distancia, con las montañas nevadas sajonas. Los distritos paramosos poseen tales similitudes con el escenario de los Montes Metálicos. Sobre el papel se llega a estos pueblos con gran rapidez, pero en realidad se tiene que luchar con algunos obstáculos y pequeñas aventuras. Casi la totalidad de las ciudades y pueblos aquí mencionados están separados uno del otro por cadenas montañosas o se encuentran a sus espaldas, y los caminos, en razón de sus espantosas condiciones, superan toda descripción. Nuestras bestias de carga se han caído en algunas ocasiones, lo que nos ha obligado, con grandes esfuerzos, a ayudarlas a que se pongan de nuevo en pie. Una vez una mula que cargaba dos pequeñas maletas de cuero de buey se quedó estancada con éstas en un hueco estrecho. En otra ocasión, la mula del doctor Reiss se hundió en un lodazal solidificado en la superficie, pero tan profundo que tan sólo eran visibles algunas pequeñas rayas del lomo... y tuvimos que luchar una hora entera, antes que pusiéramos otra vez en camino a la mula.

Diez minutos antes de llegar a Chiquinquirá, nos sorprendieron las tinieblas y las lluvias, y no nos fue posible entrar a la ciudad, pues cuatro de nuestras mulas se perdieron con la carga completa de instrumentos y carpas, pese a que el arriero hacia todos los esfuerzos para mantenerlas juntas en la oscuridad. Por fortuna, cayeron en un prado cercado; de lo contrario, difícilmente las hubiéramos vuelto a ver. Alguna vez el camino se nos convirtió en una densa selva, y otra vez tuvimos que hacer un desvío que costó un día entero, porque un arroyo pantanoso, que apenas se podía saltar, se creció por las lluvias de tal manera... etc., etc. Estos son pequeños acontecimientos que tienen regularmente como consecuencia que no logremos el objetivo del día y que debamos pasar la noche en una casa solitaria en la que no hay nada de comer para las bestias ni para los hombres. Tuvimos mucha suerte con los guías, cargadores y arrieros, que estuvieron de muy buena voluntad y nunca perdieron el buen humor.

La chicha, una bebida de maíz supremamente embriagante, la toma la gente en cantidades colosales. El indígena que cargaba nuestros barómetros se tomó en cuatro semanas ocho táleros de su sueldo, a pesar de que, en cada comida y tres a cuatro veces a lo largo del día, le ofrecíamos a discreción. El producto es tan barato, que por un franco se obtienen por lo menos cuatro botellas. Los alimentos son extremadamente baratos. Con frecuencia hemos pagado por un desayuno para nosotros tres, para los tres peones y el alimento de seis a ocho mulas, no más de dos francos. Pero en otros sitios, la gente trata de subir los precios de la manera más descarada.

La sabana de Bogotá, con sus descensos en dirección norte y occidente, la hemos recorrido de tal manera, que conocemos su conformación geológica, al menos en forma general. Más no se puede obtener en un país tan incivilizado, si no se quiere gastar toda la vida en ello. Todavía nos faltan, para completar el cuadro, las estribaciones orientales de la colosal altiplanicie, pues la parte sur la recorreremos al proseguir nuestro viaje a Quito. Detrás de las montañas en las que se elevan las casas de Bogotá, se extienden, a sólo tres días de camino, llanuras inabarcables con la vista y apenas pobladas —un mar petrificado—, las que riega el Orinoco con sus innumerables afluentes casi inexplorados científicamente. El doctor Reiss, quien, con sus instrumentos universales, proyecta hacer mediciones (que quitan mucho tiempo) en los volcanes de la cordillera Central, ha desistido de hacer la excursión originalmente planeada a los "Llanos". Por el contrario, yo pienso todavía llevarla a cabo. En el valle del Cauca nos volveremos a encontrar. Dónde exactamente, aún no lo hemos decidido. Posible y muy seguramente, yo regrese en 10 ó 14 días a Bogotá y prosiga sin demora el viaje hacia el sur.

El tiempo empieza a mejorar, pero todavía llueve por lo menos diez veces al día. La temperatura oscila entre 9 y 18 grados.

Los cigarros son aquí muy baratos, pero la mayoría realmente malos. El mejor tipo de los de Ambalema cuesta sólo entre 10 y 12 táleros el millar. Pero hay también algunos cuyo millar cuesta apenas un tálero. Casi todos los franceses fuman aquí. Según las noticias que traían los diarios de fines de junio, parece que no pasa nada en Europa. El incendio en Bremen debió de ser bastante significativo. Las revoluciones parecen apagarse en todos los Estados de la República de Colombia.

VIII

Bogotá, 15 de octubre de 1868

Del viaje a los Llanos de San Martín regresé en los últimos días de septiembre aquí a Bogotá, bien y muy satisfecho. Partí el 23 de agosto y el doctor Reiss, que deseaba ponerse en marcha dos días después hacia Ambalema, me acompañó un trecho del camino. En pocas horas se llega de Bogotá a la cresta montañosa que forma la ver-

tiende hidrográfica entre los ríos que van al valle del Magdalena y los que corren al Orinoco. Necesité seis días para bajar desde allí, a través del valle casi deshabitado del río Negro, a Villavicencio, pueblo infeliz que está a la entrada de los Llanos. Los ríos, sin puentes y en esta época del año muy caudalosos, al lado de los frecuentes aguaceros y los caminos apenas transitables en muchos trechos, me dieron un trabajo muy grande. Los Llanos, estas llanuras imposibles de abarcar con la vista, a través de las cuales corren lentamente el Orinoco y sus múltiples afluentes, se contemplan por primera vez antes de Villavicencio desde una alta montaña, llamada el Alto de Buenavista. Se ve, tanto como la vista alcanza, sólo selva, interrumpida aquí y allá por verdes praderas, desde las cuales resplandece el agua de los ríos. Ninguna montaña pone límite a la vista. En diversos puntos se elevan columnas de humo de las praderas quemadas —las que son incendiadas por los indígenas para favorecer el crecimiento del pasto y exterminar las alimañas—. Nubarrones arrojan oscuras sombras sobre el mar, que es, en otros sitios, iluminado vivamente por el sol.

Desde Villavicencio planeé visitar una gran salina y después proseguir el viaje a la población de San Martín. Ambos propósitos fueron frustrados por las crecidas de los ríos. Después de quedarme seis días en Villavicencio, intenté cruzar el río Gutaquia, pero tuve que desistir, pues las mulas no pudieron resistir la violencia de la corriente. De esta manera me vi precisado a cambiar el plan del viaje y, en vez de aprovechar los ríos que vienen de la montaña en dirección a San Martín, seguí su curso. Dos días cabalgué por una región llamada Apiai —naturalmente, toda llana, con una hierba alta y oasis de palmeras— para llegar al poblado de Pachaquiario. En este viaje nos encontramos con un indígena, armado de arco y flecha, corriendo a la caza de un venado; de resto, muy raramente se encuentran débiles huellas de la presencia humana. El indio, que formaba parte de la población de Pachaquiario, estaba en posesión de una canoa, el único medio de transporte que de todas maneras yo deseaba alquilar. En este tronco de árbol ahuecado viajamos río Negro abajo, desembocamos en el Reheta y llegamos al segundo día, al atardecer, a un pueblito, Cabuyaro. Las orillas de este río —las que yo recorrí— están completamente despobladas, y pasan años sin que se deslice una canoa por la superficie del agua. La naturaleza está aquí abandonada a sí misma y ofrece una extraordinaria sensación de grandeza y milagroso acontecimiento. La vida animal se corresponde con la exuberante vegetación. Los monos, papagayos, y toda suerte de aves y mariposas abundan en la tierra como los peces y los caimanes en el agua. Muchas culebras enormes sobrenadan con rapidez en el río, y un gran tigre que toma agua, parece muy sorprendido con la inesperada perturbación. ¡Pero cuán poco incómodos son todos estos tenebrosos animales de naturaleza primitiva en comparación con los insectos chupasangre, que suplen en número lo que les falta en tamaño! En la noche que pasamos sobre un banco de arena del río, pese al mosquitero, fuimos casi devorados por los mosquitos. La cara y las manos se nos hincharon.

Hacia Cabuyaro tiene ya el río Meta una anchura comparable a la del Rin por Maguncia. En Cabuyaro pasé dos días y cabalgué hacia las montañas detrás de las cuales está Bogotá. Después de cuatro días cerca de una población, Medina, alcancé el río, hacía donde había enviado con anticipación mis mulas desde Villavicencio. En este paseo tuvimos que cabalgar por horas sobre llanuras que están un pie de altura bajo agua y, para variar, de cuando en cuando, viene un cañón tan profundo que se debe desensillar. La recua de mulas nada con pleno placer y los indígenas transportan sobre la cabeza las montaduras y la carga a través de esa planicie, o se improvisa, con árboles puestos uno frente al otro, un puente. El agua no es muy fría; en los ríos la temperatura alcanza al mediodía 30 grados, y en las aguas sin movimiento hasta 34 grados. En Cabuyaro asciende la línea de mercurio, a la sombra, hasta los 36 grados, y bajo el sol a los 52, temperatura bastante respetable. Después de haber pasado unos días en Medina, emprendí el camino hacia las montañas, y ocho días después llegué a Bogotá. Medina está en un maravilloso valle encajonado,

pero el pueblo mismo se compone sólo de algunas pocas casas muy pobres; es el punto principal de las negociaciones de ganado entre la sabana de Bogotá y los Llanos. Hasta ahora los Llanos sólo producen ganado vacuno, y es negociado en gran número no sólo para Bogotá, sino para el valle del Magdalena. La mayoría procede de Arauca. Un toro grande y carnoso cuesta en los Llanos 10, máximo 12 táleros. Los llanos de San Martín y el Casanare tienen para el comercio un gran futuro, y especialmente Bogotá ganará extraordinariamente, a través de una conexión con el río Meta, que es mucho más adecuado para el transporte fluvial que el río Magdalena. El gobierno proyecta construir una carretera al Meta, pero por ahora se carece de los medios para hacerlo. En relación con este proyecto, recientemente el presidente de la república me solicitó por escrito que lo visitara y le expresara mis opiniones y mis experiencias. Por supuesto que tuve que manifestarme y pedirle que señalara una hora para el recibimiento. Pero al día siguiente se presentó en Bogotá una pequeña revolución, y ella me ha descargado hasta ahora del fastidioso asunto y espero que me libre completamente de él.

En Medina y Villavicencio, donde tres o cuatro bogotanos han cultivado plantaciones de café, fui recibido muy cordialmente —naturalmente, sólo con palabras; más allá la gente no va—, para que yo hablara con el gobierno de la conveniencia de la carretera. Los habitantes de Villavicencio envidian la carretera —que seguramente nunca se va a construir— de los habitantes de Medina, y viceversa. La exigencia, muy colombiana, de un hacendado de presentarle un concepto escrito desfavorable a Medina, la contesté muy enérgicamente en forma medio pública, y desde allí yo no quiero tener nada que ver con este turbio asunto. La ignorancia que los bogotanos tienen de la rica e inmensa región que se extiende hacia el Orinoco —y que también determina de una manera importante las condiciones climáticas de la capital de la república— es increíble. Excepto algunos comerciantes de ganado, hay si acaso tres personas que se hayan atrevido a ir a Medina o a Villavicencio. La gente tiene un miedo muy ridículo a las características malsanas del clima, que no son tan malignas como se piensa. Yo llegué en perfectas condiciones, pero no pasé por casa alguna donde no hubiera por lo menos un niño con fiebre, lo que en gran parte se debe a las condiciones insalubres en que vive la gente y a su mala alimentación.

En mi compañía tenía un servidor personal muy útil y un indígena que era un cazador experimentado y apasionado perseguidor de mariposas; a diez pasos de distancia sabía él si la mariposa era macho o hembra. La gente dispara a grandes y bellas mariposas como a los pájaros, con la cerbatana, sin hacerles daño. Quise llevar dos personas más, pero en el momento de partir una estaba tan borracha que no pudo caminar, y la otra, a la que le correspondían las mulas, prometió alcanzarnos después, pero no llegó nunca, por miedo al clima.

Mi servidor personal está tan enfermo de fiebre desde que llegó a Bogotá, que se hace imposible continuar el viaje con él; también el indígena parece compartir su destino, pero él no se ha vuelto a dejar ver, pese a que deseaba con gusto proseguir conmigo el viaje al Tolima. Hoy contraté un hombre que parece serio y útil, después que tuve que prescindir de muchos otros. No se contrata aquí a la gente por meses o semanas, sino que el despido o la echada de alguien es una cosa que se resuelve en cinco minutos, aunque a veces con la variante de que los señores se anticipan al despido dejando repentinamente de presentarse.

Desde hace algunos días la revolución que ya mencioné ha estallado nuevamente, pero parece que ha tomado escasa dimensión, pues la gobernación general impuso su autoridad con habilidad y desarmó al partido conservador sin derramar sangre. El presidente del Estado de Cundinamarca, que siente simpatías hacia los conservadores, según la opinión de los liberales había violado normas constitucionales y ambos partidos empuñaron las armas para mantener el orden o restablecerlo, respectiva-



Figura arqueológica de San Agustín.

mente. Tanto los conservadores como los liberales se habían reunido en gran número, concentrándose en dos edificios. El domingo, temprano, debía empezar la lucha dentro y en las afueras de la ciudad. Sin embargo, esto no ocurrió, porque durante la noche la gobernación cercó el edificio, en el cual se encontraban los conservadores, con tropas y artillería, y los obligó, para gran regocijo de los liberales, a rendirse. El presidente del Estado de Cundinamarca fue apresado al lado de unos 50 cabecillas y conducido a prisión; el resto del pueblo tuvo que irse a sus casas. Ahora son enviadas divisiones de tropa en todas las direcciones, para desarmar en otros sitios a los conservadores. Cuando esto suceda, serán puestos otra vez en libertad y el juego volverá a empezar. Como la gobernación general carece de tropas suficientes, diariamente son enrolados muchos "voluntarios"; es decir, divisiones de soldados cruzan las calles y agarran a quien les parezca de utilidad. A quienes no vayan de buena gana, se les amarra una soga al cuello. Las tropas del gobierno general, compuestas en su mayoría por indígenas, son muy valientes y relativamente bien entrenadas. Los uniformes, que se llevan en las ocasiones ceremoniales, siguen todavía los modelos franceses. El resto del tiempo, los soldados van tan desharrapados como les guste. Se ven lo más parecidos a una banda de indígenas, cuando se trasladan al campo, a donde cada uno lleva su cama sobre los hombros.

En este momento el tiempo es muy malo; no pasa un día sin que llueva con fuerza durante algunas horas. Pienso partir de aquí dentro de unos ocho días e ir

primero a Ibagué, al pie del Tolima, para lo cual ya alquilé unas mulas, y desde allí proseguir el viaje al valle del Cauca, pasando por Neiva, La Plata y el páramo de Guanacas. He recibido noticias, indirectamente, del doctor Reiss: hace ocho días no había llegado aún a Cartago. El terremoto en Perú y Ecuador, sobre el cual han llegado a Europa, en todo caso, más precisas y detalladas noticias, ha causado aquí un gran pánico. El teatro fue cerrado, porque nadie quería ir allí por temor de ser sepultado por la edificación, que amenaza derruirse. Pues con estos terremotos, según parece, se han presentado grandes erupciones volcánicas al mismo tiempo en diferentes puntos. Es una feliz coincidencia que nos encontremos en sus cercanías.

IX

Neiva, 30 de noviembre de 1868

Me alegro mucho de recibir sólo buenas noticias en la última carta. Fue una sorpresa para mí que Europa se muestre tan pacífica, mientras aquí se habla mucho de una inminente guerra entre Alemania y Francia. Que nosotros, el doctor Reiss y yo, estemos haciendo nuestros recorridos en forma completamente independiente el uno del otro, es para la común empresa sólo una gran ventaja.

Mi última carta la envié el 17 de octubre de Bogotá, y dejé esa ciudad el 25 de octubre, con siete mulas y tres personas; al servidor y al indígena que me acompañaron a los Llanos, lamentablemente no los pude traer, pues ambos estaban enfermos. En Ibagué, a donde llegué el primero de noviembre bastante retrasado, encontré el alojamiento reservado con la mayor anticipación. Apenas llegué, me visitó el gobernador del Estado del Tolima (Ibagué es la capital) y puso a mi disposición sus servicios. La gente es de una gentileza supremamente fastidiosa, tanto que a diario, de la mañana a la tarde, me rendían tributo con su presencia y su aburrida manera de hablar hispánica. Nadie ofrece aquí una hospitalidad desinteresada. O se tiene que pagar por ello, haciendo la inspección de supuestas minas de oro y plata, o la gente cuenta, tocada por la vanidad hispánica, con ver su nombre en letras de molde. Frecuentemente recibo de las propias manos de la gente su tarjeta de visita con la observación: "Usted tiene que escribir de todas maneras un libro y no olvidarse de pensar en su amigo..." etc. En estas circunstancias tuve que agradecer distinciones que, aun cuando hubiera venido el mismo Humboldt, no hubieran sido mayores.

En tan favorables circunstancias, fue posible en pocos días hacer los preparativos para un ascenso al nevado del Tolima. El 6 de noviembre emprendí a pie la excursión, acompañado de siete peones colosalmente fuertes, y en cuatro días llegamos a la nieve, cuyo comienzo se encuentra a 4.300 metros de altura. A cada paso el camino se tenía que desbrozar, y muchas plantas y helechos raros cayeron al filo del machete. No es fácil deshacerse de los múltiples obstáculos, y éstos deben ser superados. En las regiones de tierra alta tuvimos que padecer mucho por las lluvias y por el piso pantanoso. Los peones, con su carga sobre las espaldas, se hundían hasta las rodillas en el fango negro. Yo iba un poco mejor. A una altura superior a los 3.000 metros se acaba la vegetación arbórea y hace su aparición el frailejón, una planta muy característica, que mide entre 12 y 15 pies de altura. Dos noches pasamos a la altura de 4.300 metros, porque deseaba estudiar las piedras del volcán y su composición topográfica. La temperatura descendía, pese a que el cielo, con raras excepciones, estuvo completamente cubierto y que llovía a cántaros, hasta medio grado bajo cero. Tales condiciones, el estar con siete peones en una carpa de una tela sencilla y el dormir sobre el piso desnudo, no forma parte de las actividades más elegantes. El 12 de noviembre subí al cono del volcán, tanto como las condiciones lo permitieron, y

llegué hasta una altura no del todo insignificante: unos 5.000 metros. La cumbre del cono está sólo unos 500 metros más arriba. El Tolima muestra, en el presente, muy débiles huellas de su anterior actividad. La excursión fue interesante en extremo, y recorrimos un terreno volcánico hasta ahora muy poco conocido. Al noveno día de nuestra ausencia, regresamos a Ibagué sin accidente alguno. La gente que me acompañó era excelente. Tuve suerte con el tiempo, pues emprendí el ascenso en uno de los mejores meses lluviosos. Al Tolima hacen compañía, a una mayor distancia, otros tres nevados de altura parecida, que nos reservan, articulando su estructura profunda con una cadena montañosa de gran envergadura, un panorama majestuoso. El doctor Reiss ha subido a otro de los tres nevados, al páramo del Ruiz, pero también se ha quedado estancado en la nieve.

Ibagué está a una altura de 1.300 metros sobre el nivel del mar, en la desembocadura de un valle que tiene en su integridad el aspecto de un paisaje suizo. Pero desde aquí no es visible el Tolima. El clima de Ibagué es muy agradable, pues la temperatura apenas varía y se puede comparar con el calor de nuestros días de verano. Un viento ligero procedente del páramo ofrece al amanecer y al atardecer una agradable frescura. Con paquetes de cartas de recomendación y un pasaporte especial para la ciudad (sic) Tolima, que es un real ejemplar de fórmulas de cortesía y que me autoriza a extender a cualquier persona que yo indique a las autoridades un pasaporte de seguridad contra el servicio militar obligatorio, abandoné a Ibagué el 21 de noviembre y llegué, cabalgando por el ancho valle del río Magdalena hacia arriba, a Neiva el 28 del mismo mes. Desde aquí continuaré el viaje mañana por la mañana, primero hacia Gigante, La Plata y San Agustín, donde se encuentran monumentos indígenas muy significativos, y en el trayecto de la cordillera Central (para llegar a Popayán) pienso realizar una visita al volcán del Huila. El tiempo ha mejorado en el transcurso de la semana. Neiva es muy caliente; la temperatura promedio anual es de 27 grados. Las mulas se encuentran en buen estado, pero han sido víctimas de los mosquitos chupasangre tanto como los hombres arriba mencionados. En Popayán podré escribir de nuevo.

Pasa a la página 69